

La Esqueleto

Paola Esteban



Capítulo 1

Una tira de luz le penetraba la piel del rostro. El color oscuro que le cubría los huesos se enrojecía ligeramente, se tostaba despacio a las ocho de la mañana. Era hora de recoger. No había habido buena pesca. Dos anchoitas, un besugo y un bonito. Apenas para el desayuno, el almuerzo, la cena y el próximo desayuno, después de pasar la rasca festiva del día de muertos.

Una ola le devolvió la red con plena fuerza y la tiró a la arena de la playa de espaldas, con los pelos cortos y crespos del cuello venidos a chocar contra los gránulos blancos y calientes de la arena.

Los rayos le pegaron de lleno en los ojos entreabiertos y sobre los codos se bifurcaron dos tiras de piedritas de allí para allá. De allí para el antebrazo, de allí rumbo a los hombros, por entre la camisa vieja de color azul.

Se dejó atezar y entonces, una presión ligerita, persistente. Unos huesos le atraparon la pierna. Secos y mojados a un mismo tiempo. Estiró el miembro derecho y miró a la esqueleto. Tenía una larguísima cabellera café con leche, enredada como una madeja en el cráneo y un par de húmeros, de iliacos, de fémures a punto de deshacerse. Y lloraba. Sin ruidos, sólo con agua sal que le salía de las cuencas aparentemente vacías.

La Pescadora se acercó más y la miró. Se levantó espantada y dio tres pasos como de púgil, dispuesta a enfrentar al monstruo marino. Pero la esqueleto la observaba con las gotas de agua sal, con las falanges y el carpio incrustados en su tobillo derecho.

Con el movimiento, la pescadora le había desencordado el brazo derecho. La esqueleto se lo miró sin padecer y siguió el vaivén de los saltitos. Finalmente, la Pescadora se detuvo. Se agachó y la observó con los ojos despiertos y duros. Luego, cálidos.

Con cuidado se la cargó al hombro. Se amarró la red a la cintura y se la llevó para su choza.